

RELIGIÓN Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Declarado de utilidad catequística en el Congreso Catequístico Nacional de Granada, 1926

Fundador: **JUAN ORTEA FERNÁNDEZ**

Precio de suscripción

Cada 5 números quincenales,
2 pesetas al mes

"Este precepto os doy: Amaos los unos a los otros como yo os he amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:
San Bernardo, núm. 131, 1.º
GIJÓN

Y en aquél tiempo.....

Tendíanse las primeras sombras de la tarde sobre el lago de Genezareth. Casi al borde de sus orillas y por entre una espesura de limoneros, granados y adelfas, se divisaba aún vagamente la blanca villa de Gamaliel.

Las escrituras hablaban muy claro respecto a la venida del Mesías y Gamaliel, conversaba con su primo Nicodemus, decepcionado de su saber que no satisfacía sus ansias, ni colmaba sus deseos.

—Yo sé lo que me enseñaron mis padres y bien poco por cierto. Y sin embargo, soy maestro, enseño a los demás y oyen con veneración mis palabras, decía Gamaliel. Por eso unos afirman lo que niegan otros, y el sáduceo, se burla de nuestros múltiples preceptos, abandonándose a una vida cómoda y regalada y el fariseo mira altanero las turbas. Otros se refugian en el oasis para no contaminarse con el roce de los demás mortales. Cada cual sigue su inspiración, que cree divina, despreciando a los demás hermanos. Por eso también yo estoy lleno de dudas y veo muy lejana la verdad envuelta en sombras, quiero seguirla y se esfuma, la presiento a veces y no logro descubrirla entre las dudas de mi pobre inteligencia. ¿Qué dices a esto Nicodemus?

—Que algún día la verdad hablará por boca de su Mesías.

—¿De verdad tienes esa esperanza? Es cierto que el pueblo lo espera y hasta parece presentirlo; pero dónde están las señales claras de su próxima llegada. ¿No esperamos la liberación de nuestro Mesías-Rey?

—Las profecías lo han anunciado muchas veces, sin que haya lugar a duda alguna, replicó Nicodemus. Vendrá el Dominador de la tierra, el Dios, el Fuerte, llevando escrita en sus hombros la señal del mando.

Gamaliel hizo un gesto de desagrado.

—También dicen esas profecías. Brotará como una raíz en tierra árida, sin belleza ni esplendor. Y le llaman «León» y también «Cordero». Y entre las contradicciones de unos y otros, yo te digo en verdad, que no

quisiera vivir cuando El venga, por temor de desconocerlo.

—No temas, cuando El venga tu alma irá hacia sí con fuerza irresistible. Su luz te atraerá y el resplandor de su grandeza iluminará tu inteligencia. Por eso yo espero y confío. Sé que ha de venir y hasta presiento con el pueblo que sus pasos suenan ya por el desierto. No me lo dicen, ni los profundos estudios que he podido hacer de las sagradas escrituras, ni tampoco mi inteligencia, pero el corazón late al recordar su llegada y confío esperanzado que latirá con más fuerza cuando me encuentre delante de El.

—Excesiva confianza.

Nicodemus, mantúvose un rato en silencio mientras sus manos sostenían temblorosas la copa a la altura de sus labios sin humedecerlos y haciendo un supremo esfuerzo, continuó:

—Vayamos en seguimiento de aquel a quien Juan, hijo de Zacarías, anunciaba en el desierto. De aquel que da vista a los ciegos y movimiento a los paralíticos, de Jesús de Nazaret.

—Hermano, interrumpió con viveza Gamaliel, ¿acaso de Nazaret puede salir cosa buena? He oído hablar de él. Pero... ¿quien fué su Maestro? Viene del pueblo, pues humilde carpintero fué su padre, según dicen. Ese joven ha conseguido llevar tras de sí ignorantes pescadores y gente inculta, arrastradas tal vez por absurdas palabras de un iluso sin estudios ni maestros.

—No obstante, su palabra es la palabra llena de ardor y entusiasmo del profeta. Su vida está dedicada a repartir el bien entre sus semejantes, no distingue el pobre del rico, ni tampoco el poderoso del necesitado, su moral es la moral justa, equilibrada, razonable. Además, algo hay en sus palabras que llega a lo íntimo del corazón. No habla a las inteligencias sino a los corazones. Cuando mira, adivina, cuando habla acaricia con sus palabras, sus ojos...

—Quién te ha contado tantos detalles?

Nicodemus bajó los ojos confundido de su enardecido entusiasmo, pero con la energía del iluminado contestó:

—Yo mismo he visto a Jesús de Nazaret.

Gamaliel, quedó sorprendido de la inesperada confesión de su primo y no supo nada que responder.

Nicodemus continuó:

—En Jerusalén, hace unos meses. ¡Tanto hablaban de El, de las maravillas que obraba y más aun de las cosas extrañas que enseñaba al pueblo! Jamás hombre alguno ha sido tan discutido como éste. Anda entre dos corrientes: de adoración una, de odio la otra. Dudé mucho tiempo, por fin una noche fuí a visitarle.

—¿Y hablaste con él?

—Hermano, replicó Nicodemus... era una noche como ésta, toda sembrada de estrellas, pero yo no las veía; tan resplandeciente me parecía ese otro cielo que mis ojos habían descubierto dentro de mí mismo. Lo que le dije, yo no lo sé. Lo que él me dijo, sí que lo recuerdo: «Que era preciso renacer...» que «cuando el Hijo del hombre fuese levantado de la tierra, creerían en él» y otras muchas cosas que no comprendí, pero que eran bálsamo y eran amor. Yo tenía plena convicción de que leía mis pensamientos pues mis preguntas eran respondidas sin dar tiempo a mi boca a pronunciarlas. Por muchos años que viva, nunca olvidaré aquella hora. Temblaba en su presencia y mi corazón ardía. Iba tras sus palabras como sediento del agua de la verdad. Habló a mi corazón y puedo asegurarte que en Jesús de Nazaret hay algo extraordinario que el tiempo habrá de revelar. A mi regreso, mientras mis labios repetían las palabras de éste hombre cuyos milagros asombran a toda la Judea, mi pensamiento se turbaba con una incertidumbre que me atormentaba... ¿Será El, acaso?

—No puedes negarme, mi querido primo Nicodemus, que ese hombre ha dominado tu voluntad y eres una de sus víctimas. Cuidate bien de sus enseñanzas y no dejes de analizarlas muy detenidamente. Yo puedo decirte que puedes contar conmigo para desentrañar ese misterio, confíame pues

tus pensamientos y no perdamos de vista a Jesús de Nazaret.

—Gracias, Gamaliel, confiaba en tí y espero me ayudes, pudiera ser que estuviéramos en el camino de la verdad.

—Pero una duda me asalta de momento antes de comenzar nuestras investigaciones, ese hombre podrá ser el Mesías, podrá ser un gran profeta... pero ¿quien es entonces Juan, a quien las gentes tienen por profeta?

Abstraída por las hermosas palabras de Nicodemus, Susana, la hermana menor de Gamaliel había estado escuchando la conversación de ambos parientes, pero al oír la duda desconcertante de su hermano y la pregunta que se hacía respecto de Juan, hombre a quien las multitudes seguían para oír sus extraordinarias predicaciones, intervino rápida contestando a su hermano:

—Juan, hermano mío, es el Precursor del Mesías, es la voz que clama en el desierto. Tu me lo has anunciado muchas veces cuando me hablabas de los libros sagrados. Además el mismo Juan lo ha dicho hace días: «Preparad el camino de Jehová.... porque ya viene detrás de mí...»

Y sin dar más importancia a sus palabras, volvió Susana a sus tareas, dejando a su hermano Gamaliel confuso y anonadado.

—Algún misterio encierra la vida de ese hombre, Nicodemus, decididamente no he de parar hasta saber toda la verdad.

R. M.

EL GATO

Su introducción en la vida íntima de la familia reconoce por fundamento el más frívolo de los pretextos: los ratones. Superchería ingeniosísima, por medio de la cual ha conseguido ser una necesidad de la casa. Cabalmente los ratones son su delicia; preferiría los pájaros, mas, en su defecto, cazar ratones es su diversión favorita. La casa es su palacio; los sótanos, los desvanes, las despensas, son sus bosques; caza por placer; por recreo: ¿qué más necesita su vida de príncipe?

Ved con qué atención espía el agujero por donde ha de salir la víctima. Acecha y espera, llega el momento, y salta sobre su presa. Entonces, ¡qué alegria! ¡qué lócura! ¡qué extremos! Está en sus glorias. La suelta para volver a cogerla, y la coge para volver a soltarla. La va matando poco a poco. Diríase que siente matarla. Y después de muerta, la remueve con sus uñas, la agita con sus dientes porque quiere que se mueva, quiere que viva para volver a matarla. Un ratón inmortal sería el eterno paraíso del gato doméstico.

Y allí está la familia contemplando la escena con la risa en la boca y la admiración en los ojos; como si el último refinamiento de la crueldad fuese entre

los hombres el espectáculo más digno de interés y de aplauso.

¡Qué triunfo para el gato doméstico!...

Para mí, salvo el parecer de los naturalistas más acreditados en el reconocimiento de los animales, y con todos los respetos debidos a la ciencia, el gato que vive a la sombra de la familia, al calor de la casa, y bajo el tierno amparo de la sociedad protectora de los animales y de las plantas, por un rasgo de suprema astucia se finge doméstico.

Eso sí; después de tomar todas las precauciones imaginables; paso a paso y lentamente, como quien va sobre ascuas, se nos acerca, encorva el lomo a nuestras caricias, salta sobre nuestras rodillas, y nos hace sentir en el rostro una y otra vez la fina suavidad de su cola; mas esa gracia enteramente voluntaria, no supone obediencia ninguna: la más pequeña contrariedad lo irrita, y sus uñas corvas y agudas, cautelosamente ocultas en las falanges de sus manos ligeras y prontas, se clavan sin misericordia en la mano misma que lo acaricia.

No hay que esperar del gato doméstico habilidad ninguna que suponga sumisión al mandato de voluntad ajena: como si poseyese el instinto frío y calculador del hombre de negocios, nunca hace más que aquello que le trae cuenta...

Vedlo delante de una puerta entreabierta. ¿Entreabierta?... Sí; lo ha de pensar mucho antes de penetrar por ella. Las puertas entornadas son siempre motivo de grandes reflexiones para cualquier gato que sabe lo que se pesca. Se detiene como quien medita, va y viene como quien duda, y al fin adelanta tímidamente las manos e introduce suavemente la cabeza; el iris de sus ojos redondos se dilata, sondea de una ojeada la estancia objeto de su curiosidad. Perfectamente; no hay peligro ninguno; mas, por si acaso, se estrecha para no mover la puerta que le abre paso, no sea que los goznes indiscretos rechinen intempestivamente. Hecho esto, se desliza a derecha o a izquierda, según las circunstancias del caso; jamás de frente, y siempre junto a la pared, ocultándose bajo la sombra de los muebles; diríase que anda por país enemigo, o que ha aprendido que para vivir entre los hombres toda precaución es poca.

¿Qué trae el gato a la civilización? Nada. ¿Qué toma? Lo toma todo.

Vedle voluptuosamente tendido sobre el almohadón más mullido, más suave, más blando. ¿Es de seda? Bueno. ¿Es de terciopelo? Mejor. ¿Es bordado con flores de exquisito dibujo? Entonces magnífico: quiere decir que es un lecho de rosas. ¿Dónde está la cama más limpia, más perfumada, más rica de la casa? Pues allí está el gato doméstico entregado a las dulzuras de un sueño delicioso. De vez en cuando alarga las manos, contrae las uñas, entorna los ojos y se enrosca sobre sí mismo, dándose a sí propio gracias por el placer que se proporciona.

¿Qué le importa el frío del invierno, si para él se ha hecho el calor de la chimenea, o el templado ambiente que exhala el brasero bajo la falda plegada de la camilla, o la caliente plancha de metal que se tiene delante de la estufa, o, en último resultado, la tibia atmósfera del hogar que hace de la cocina una primavera perpetua? Y si el día es hermoso, claro, despejado y sereno, allí está la alfombra, cabalmente tendida al pie del balcón, que al través de los cristales deja entrar un rayo de sol que ilumina y calienta, refrigera y alegra.

Cambian las estaciones, no tanto como los hombres, pero cambian, y al frío del invierno ha sucedido el calor del verano. ¿Y qué? El gato doméstico no tiene por qué apurarse. ¡Qué fresco más delicioso se siente en la umbría soledad del sótano! ¿No? Pues ahí está el mármol del estrado, limpio como el oro y terso como un espejo, que convida a dormir tranquilamente la siesta.

El lujo parece que es su atmósfera propia. ¡Con qué elegancia juega con el borlón de seda que cuelga del opulento cortinaje! ¡Qué bien se afila las uñas en los bordados tapices! ¡Cómo ensaya el poder de sus garras en los dibujos tallados de los muebles más ricos!... Y a todo esto, es inútil intentar que se sujete a ninguna ley, a ninguna regla, a ningún mandato. No hay que pedirle nada, porque todo lo niega; sólo es generoso en arañazos. Ha venido a disfrutar todos los beneficios de la civilización, sin perder nada de su salvaje independencia.

SELGAS

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

La familia de Nazaret, vivía del honrado trabajo que apenas daba para lo más necesario. No obstante, con privaciones a veces y con escaseces siempre, iban pasando los días y el Dios niño iba «creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres».

Poco producía el trabajo del pobre carpintero y bastantes privaciones deberían pasar, sin que por un momento cesase la plegaria de asomar a sus labios y la conformidad con su estado, iluminase radiante con una sonrisa los ojos de la familia sagrada.

Nada más ambicionaban en su pobreza. Ni los ricos alcázares de los soberanos de la tierra, ni las lujosas casas de los poderosos, ni tampoco los hermosos trajes con que el lujo y la vanidad cubrían el orgullo de los humanos.

La familia de Nazaret enseñaba a todos los hombres el vivir honrado, aunque sea a costa de grandes escaseces, que la honradez es el patrimonio del pobre, y no todos pueden ostentarla orgullosamente.

Y la honradez no tránsige nunca... por ningún precio.

Tiempos malos los actuales en los que la honradez parece estar sometida a una tarifa mayor o menor según la persona que la aplique.

Por eso contemplamos estupefactos la transigencia en cantidades mínimas para el robo por quienes debían de seguir la línea recta en sus consejos por lo que son y por lo que representan. Y nos quedamos asombrados también cuando la facturita mensual llega a nosotros con partidas ambiguas, al margen de cantidades excesivamente elevadas. Y seguimos en nuestro asombro cuando se nos trata de dar explicaciones, muy justas según ellos, por los fines laudables que se persiguen, tratando de encontrar lógicas para «su caso» el censurable refrán de que «el fin justifica los medios».

Y llevamos la queja a quienes estamos muy seguros de que ayudarán con toda su influencia, que es mucha en algunos casos, y volvemos a quedarnos sorprendidos cuando oímos la excusa, la justificación, la defensa de lo que no tiene ninguna ni la ha tenido nunca, aunque otra cosa quieran hacernos ver, basados en circunstancias que jamás servirán de justificación a la transigencia en el robo más o menos descarado.

Ni en el famoso «estado de necesidad» se puede encontrar nunca una explicación a muchas «distracciones» más o menos intencionadas, para quedarse con lo que no es suyo o cobrar excesivamente los servicios prestados. La famosa teoría del «estado de necesidad» tiene una explicación de carácter civil, y en algunos casos, pero nunca podrá ser un medio que justifique una situación constante en el modo de ganarse la vida para cubrir las necesidades propias.

No es la inmoralidad en los negocios hasta donde llega esta carrera desenfrenada contra la honradez, sino que vemos ésta inmoralidad en donde menos debemos encontrarla y amparada por quienes tienen obligación de mantenerse rígidos en el cumplimiento de sus deberes.

La honradez no tiene más que un nombre y es la honradez integral, sin tarifas, ni límites mínimos autorizados, ni transigencias absurdas. Ha de ser total, y desde lo más insignificante, sin que se puedan hacer transacciones en ningún caso. Que quienes han llegado a ser grandes incautadores de lo ajeno empezaron por las pequeñas cosas sin importancia que se les presentaban al alcance de la mano.

Menguada idea de la moralidad y de la honra tienen los que ceden en lo que es necesario para cubrir sus necesidades y llegan a la apropiación de lo ajeno, tratando de justificarse con los apuros económicos que la vida presenta a diario. Fácil sería entonces ser honrado, si solamente lo fuésemos cuando nada necesitásemos de lo que tienen los demás.

Repasen sus conciencias muchos y procuren encontrar siempre una justificación más de acuerdo con su con-

ciencia católica antes de decidirse a apropiarse de lo que no les corresponde, ni lo han ganado con el sudor de su frente, que pudiera ser que sus víctimas estuvieran más necesitadas que ellas y su responsabilidad habrá de ser muy grande cuando les corresponda dar cuenta a Dios de sus actos en la vida.

.... Y la vida transcurría sencilla y alegre en el hogar de Nazaret. Con su trabajo honrado ganaban el pan de cada día, escaso muchas veces, pero la honradez alegraba sus conciencias.

Y Jesús crecía en sabiduría y gracia ante Dios y ante los hombres.

R.

PATER NOSTER

Ya que su rezo enseñó
Jesús, divino Maestro,
recemos lo que ordenó.
Decid todos:—Padre nuestro.

Venga tu reino de paz
que del hombre es el consuelo.
Gloria a ti en la eternidad,
en la tierra y en el cielo.

El pan nuestro, que es tu trigo
y de tu Uva el licor,
danos como buen amigo
en tu convite de amor.

Al malo damos perdón;
perdónanos tu también.
Libranos de tentación;
libranos de mal. Amén.

Hermenegildo RODRIGUEZ
Gijón, enero de 1946.
(del poema 'Misa de la Uva y el Trigo')

De la vida ciudadana

CONSEJOS

Es muy corriente, en nuestra vida de relación, censurar duramente los actos ajenos, sobre todo en aquellos que deben ser consecuencia del cumplimiento del deber, olvidando, tal vez, que no somos nosotros «quienes podemos arrojar sobre los demás la primera piedra».

El deber nos obliga, a veces, a grandes sacrificios, otras simplemente nos señala el camino monótono del diario quehacer de nuestras obligaciones, nos impone pequeñas molestias, pero todas ellas nos señalan una dirección rectilínea de la cual no debemos apartarnos.

El padre de familia, el que trabaja para ganarse el sustento diario, la madre en el hogar, el estudiante, el que tiene dinero y hasta el necesitado, todos tienen deberes que la sociedad le señala o la conciencia le dicta y eludirlos es trastornar el orden moral, desobedecer a la sociedad con la que convive y de la que recibe a cambio

innumerables sacrificios, faltar a la lealtad de sus conciudadanos que confían en él una misión más o menos amplia. Por eso el cumplimiento del deber es una obligación que tenemos, no sólo para con Dios, sino para con los demás hombres. Y ésta obligación debe de ser cumplida simplemente, sin esperar por ello más reconocimiento que el deber cumplido y la misión obedecida.

En lo religioso, un autor cristiano decía que un santo «no era más que un hombre que ha cumplido siempre su deber».

Hay personas que necesitan escenario, espectadores, aplausos para que sean testigos del cumplimiento del deber. Y en verdad que éste ha de cumplirse sencillamente, por que se trata de una obligación para con Dios y para con los demás hombres.

J. M.

Dar...

Todo hombre que te busca va a pedirte algo: el rico aburrido, la amabilidad de tu conversación; el pobre, tu dinero; el triste, un consuelo; el débil, un estímulo; el que lucha, una ayuda moral. Todo hombre que te busca, de seguro ha de pedirte algo.

¡Y tú te impacientas! ¡Y tú piensas:—Qué fastidio!—¡Infeliz! La ley escondida que reparte misteriosamente las excelencias, se ha dignado otorgarte el privilegio de los privilegios, el bien de los bienes: ¡DAR! Tú puedes dar!

En cuantas horas tiene el día, tu das, aunque sea una sonrisa, un apretón de manos, una palabra de aliento, un alivio económico. En cuantas horas tiene el día, te pereces a El, que no es sino donación perpetua, difusión perpetua, regalo perpetuo.

Debieras caer de rodillas ante Dios y decirle: ¡Gracias porque puedo dar, Padre mío! ¡Nunca más pasará por mi semblante la sombra de una impaciencia!

«En verdad os digo que vale más dar que recibir».

AMADO NERVO

†

Doña Margarita Abad Corrales

Viuda de Sánchez del Río

falleció en Gijón el día 7 de enero de 1946
Confortada con los auxilios de
la Religión.

R. I. P.

La pena y el dolor agotó su vida, a pesar de la entereza y resignación cristiana con las que llevó sus desgracias familiares.

La fé la sostuvo, pero el recuerdo de los seres queridos hubo de doblegar sus energías. En los trágicos días de 1936, su marido y sus hijos eran sacrificados en holocausto de Dios y de la Patria.

Dios, que llenó de tristezas su vida, hab premiado su resignación y su fé con el premio que El reserva a las almas que más quiere.

COMENTANDO

LA PEONZA

¿Nunca habéis visto a un grupo de muchachos jugar al rombo o a la peonza? Estoy seguro de vuestra respuesta afirmativa, y de la sonrisa que dibujaréis en vuestra cara al extrañaros de mi pregunta, ¡Como que todos habéis jugado de pequeños a tan inocente juego! ¡Y como que todos, o por lo menos, muchos, muchísimos de vosotros, de buena gana cogierais en vuestras manos, más o menos pecadoras, una peonza y un cordel para machacar en el suelo a un botón, aunque fuese de vuestra chaqueta!

Pues bien: Ya que estamos todos de acuerdo, y que todos sabemos perfectamente el mecanismo del juego en cuestión, os fijaréis cómo para llegar a una solución estable de equilibrio en vuestra peonza, lo primero que tenéis que hacer, es coger la cuerda y darle vueltas y más vueltas envolviéndola hasta que esta quede cubierta, dejando al aire libre solamente el duro punzón de su eje de hierro y el coquetón sombrerito de su cabeza pelada.

Y después, alzaréis el brazo que la sostiene, y daréis un impulso grande a vuestro juguete, para que, a fuerza de rodar, primero por el aire al desembarazarse de la cuerda, pueda, después, seguir rodando sobre la tierra, hasta lograr un casi perfecto equilibrio, que a pesar de vuestras mejores intenciones, es de corta duración. Esta duración del equilibrio y de la rotación del juguete, la aprovecháis para «trabajarla» y picar el botón que yace en el suelo.

Vuestros dedos se abren y recogen

mañosamente la peonza para lanzarla sobre su víctima. Después, la fuerza cede, los movimientos se hacen torpes y perezosos, y la peonza, por fin, se tumba de costado y queda quieta sobre el suelo. Y el botón se queda impávido, mirando con ojos de compasión, a aquella peonza infeliz que creyó vencerle porque rodaba y se sostenía con una fuerza que no era suya. El, sin más defensa que el aguantar sus golpes, seguía quieto como al principio del juego. Ella, la peonza, la valiente y orgullosa que pretendía dominarle con la potencia de una vida poco duradera, estaba inerte en el suelo esperando una mano amiga que la levantara.

¡Dios mío, qué de vidas como peonzas andan por este mundo! Unas con más cuerda que otras; unas lanzadas con más impulso que otras, pero todas, dando vueltas y vueltas, y machacando tercamente un botón, para terminar desanimadas, desalentadas, vencidas, con vueltas de borrachera, recostándose en el suelo pidiendo misericordia a aquél mismo botón al que contaban aplastar.

Un botón sirve de muestra, según reza el adagio popular, y el de nuestro cuento nos enseña algo relativo a la conducta de muchos hombres para con Dios.

HERO

La mayoría de las penas llegan muy pronto, porque con nuestra conducta les ahorramos la mitad del camino.—X.

Solución al Crucigrama N.º 18, por Morán

HORIZONTALES.—1. Apostrofa.—2. Sirga. Clavo.—3. Aros - Aura.—4. Reses - Croar.—5. Ce - Brios - PC.—6. A - Rue - O.—7. So - Rías. Mu.—8. Memos - Reuni.—9. Belo - Prat.—10. Senas - Radia.—11. Puritanos.

VERTICALES.—A. Sarcasmos.—B. Airée - Peleo.—C. Pros - Menú.—D. Sesgo - Robar.—E. As - Siros - Si.—F. T - Fui - T.—G. Ro - Crear. Ra.—H. Bravo - Sepan.—I. Faro - Urdo.—J. Paula - Unais.—K. Carcomita.

Rosales, rosales trepadores, bolas nieve, limoncillos, lágrimas, lilares, moreras, Conejo Rex, Gigante Española - Huevos incubación.

Avícola "SIERRA"

Reyes Católicos, 5 - AVILA



Ornamentación Religiosa Artística

Talleres de Escultura, Talla y Dorado

DE

José Romero Tena e Hijo

Se construyen en maderas y decoran toda clase de Imágenes - Altares - Retablos, Andas - Carrozas - Pasos de Semana Santa - Sagrarios y todo lo concerniente a la decoración de Iglesias, Oratorios y Capillas.

Calle Hierros de la Ciudad, n.º 6
(Junto a la Plaza de la Virgen)

VALENCIA

CESAR A. PRIETO

PINTOR

Dorado, pintura decorativa y lisa.
Dibujos y presupuestos gratis.
Av. del Molinón, n.º 2 - T.º 3115
GIJÓN

PALACIOS

LIBRERIA RELIGIOSA

Corresponsal de Prensa
Sellos de caucho
Rótulos esmaltados

Santa Rosa, núm. 4 GIJON

ANTIGUA FUNERARIA

— DE —

Feliciano Rodríguez

Fundada en 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 GIJON Teléfono 17-20

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

Proveedor del S. P. Vaticano y exclusivo de la Cooperativa Nacional del Clero

JOYERIA-PLATERIA-RELOJERIA

Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos para regalo

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 GIJON Moros, 56



Depositando sus economías en la

CAJA DE AHORROS MUNICIPAL DE GIJÓN

vela por sus intereses y participa en una amplia obra benéfico-social, pues a tal fin, tras constituir sólidos fondos de reserva, dedica INTEGRAMENTE sus utilidades esta Institución tutelada y fiscalizada por el Estado

ABONA EL INTERÉS MÁXIMO AUTORIZADO

Domicilio social: CALLE DEL INSTITUTO
(edificio de su propiedad)

PRÉSTAMOS A INTERÉS MODICO